

Actual (Mérida) (23): 95-104,
Octubre de 1992.

Las travesías de los creadores Iñapirrikuli y Dzuli

(Mito Wekuenai/ Curripaco)

**Ana Rosa Angarita
Miriam González Blanco**

Recogido por **Ana Rosa Angarita y Miriam González Blanco**, en la comunidad de Las Piñas, Estado Bolívar (1991). Reescritura de Ana Rosa Angarita y forma parte de su libro inédito **La faz oculta de Guayana**.

El origen de los Wekuenai y el rescate de la noche

Saliendo del campamento de Bauxiven en Los Pijiguaos, surgidas de milenarias profundidades acuáticas, iba yo dejando atrás aquellas piedras descomunales. Piedras-esponja detenida, piedras iguana, piedras tortuga, piedras cabeza de pescado, piedras-mujer acostada poseída de amores ancestrales, piedras-puro negror resumiendo llantos secos y lineales, formando cascadas ilusorias, espejismos desvaneciéndose entre nieblas y

mori-chaes para desdibujarse en la sabana. Y entre aquel zoológico mineral, bajo una pequeña churuata me esperaba un hermano-indio-piedra-arrugada- para contarme las historias mágicas de los hacedores de su etnia Wekuenai, Curripacos como los criollos los llamamos.

Allá, lejos, hacia lo más adentro de la selva amazónica, lanzando su mirar de flecha cansada hacia el sur de lo verde inmenso, donde hicieron las primeras correrías los dos hermanos creadores, allá, decía él, donde habitadores eran nuestros primeros padres, Iñapirrikulí, el gran sabio y Dzulí, su menor hermano, quienes de pronto en el bosque asombradísimos quedaron al ver como de un gran agujero saliendo iban unos animales raros, como pequeños gusanitos indefinidos eran y serpentineando, hacia una laja se dirigieron. De ellos a los seres humanos haremos, acordaron entre sí y cinco días trabajaron de sol en sol, pues la noche no conocían y en ese tiempo todo en el mundo era chiquitico, chiquitico. Nada crecía. El rocío faltaba. El frescor de la oscuridad faltaba. Sólo el sol inmóvil, siempre en el mismo lugar asando todo, quemando, devorando todo. Cinco días dije, demoraron para hermosas formas darles a sus moldeaduras, hasta quedar como ahora somos nosotros los Warvenai.

Hermano, trabajar debemos ya, dijo Iñapirrikulí, pues éstos nuestros hijos algo deben comer y entre cánticos y sudaciones un semillero desparramaron, mas los retoños, bajito, bajito, chiquitos, a ras de tierra pelada quedaban de tanto encima caerles aquel desenfreno de soles, aquella devoración incabable, que en flecos retorcidos y flores desgarradas de puro ardimiento los iban dejando. Y sus restos, girando en la tolvanera, mariposas de cenizas vegetales eran y volatineando, llevándose iban las ilusiones de nuestros padres mientras se desdibujaban en aquel sopor de eternidad para más a la hambruna sembrar,

para más secar las fuerzas de Iñapirrikulí y Dzulí, quienes muy encegucidos de luzazos solares y del nunca el negror ni la penumbra ver, pensando estaban en aquel anciano, dueño del sueño y de la noche y quien a ésta, cautiva tenía, sin nunca dejarla salir fuera de aquellos, sus territorios.

¡No! no podemos hermano seguir así, nuestra gente muere, muere y muere y no hay ni piedra, ni cueva donde esconderse del fuego del sol. Hagamos un collar para Dayna y una trenza le tejieron y fue el más sabio, Iñapirrikulí quien el viaje emprendió, pero antes mucha cavilación hizo él, sobre como le pediría la noche al anciano. Finalmente se decidió y al encontrarlo le dijo. Escucha, escucha Dueño y Señor del Sueño y de la Noche, mi pueblo mucha hambre padece porque ninguna matica dejan crecer los solerones, en quemazón perenne está muriendo mi gente ¡Toma! toma este pequeño collar como ofrenda y dame un pedazo de noche de su mismo largor para a mis hijos salvar.

¡No! No. Mucho me gusta tu regalo, lindo es, mas muy largo tu collar es. Yo, sólo una pepita de noche de doy, pues si no, mucho, muchísimo sueño a padecer van los Wekuenai. Y en una canasta de chiquichique se la echó diciendo. No debes abrirla hasta a tu pueblo llegar. Y brinconeando de contentura se marchó Iñapirrikulí, pero a cada paso, más pesada haciéndose iba la canasta y ya desfalleciente él, se pregunta cómo puede pesar tanto una pepita de oscuridad?

Y muy incargable se hizo aquella cosa, sí, una cargamentazón de esas de no aguanto más y la abro ya. Y como flecha alucinada la noche se disparó y puro negror era todo, mientras en una muy intensa soñarrera se sumergía Iñapirrikulí. Pero junto con la oscuridad se desataron jejenes, puripure, zancudos, tábanos, mosquitos y todas, todas las plagas y mucha picadera fue aquello, por eso el rescatador de la noche

resolvió continuar su viaje entre bejucales, raíces y guijarros atravesados, aruñándolo, rajándolo y él, cayéndose y parándose a cada rato, garabateando, atarantado iba, todo supliciado iba, mas nunca desmayó nuestro Dios, pues a sus hijos recién creados debía salvar y cuando el poblado llegó, la noche estaba ahí, sin un poquito clarear, sin un poquito al sol dejar salir y aquel frescor, aquel rocío, aquella dulzumbre de humedad reviviendo hojas, flores y ramazones que de tanta serenación rapidísimo crecen, ¡No más hambre! No más sequedades vamos a pasar grito Iñapirrikulí muy maravillado. Así, yuca, plátano, cucurito, temiche, maíz, pijiguao, seje y todos, todos los frutos tuvimos y kasisiri para beber hubo. Eso sucedió en el sexto día de la creación y una muy grande festejación fue aquello y aquel golpeteo de pies contra la tierra, un terremotear era y muchos hombres danzando, otros sus flautas mawi y las tsikutas y las mawákos de más de metro y medio tocando y aquel sonajero fascinador, repiqueteando a rabiarse bajo los morichales humedecidos de tanta noche. Así, mucho gozaron y se divertieron nuestros antepasados mientras la luna como torta de casabe resplandecía con su mantón de negrura se reflejaba en las aguas alejándose, bailoteando en el espacio.

Creación de los animales buenos

Después de hacernos a nosotros los Wekuenai, en el séptimo sol, Iñapirrikulí y Dzuli, mientras andaban por la selva comentaron. Ya hombres, mujeres, sembradíos, noches y plagas de la oscuridad tenemos, más animales buenos para jugar y cazar no tenemos. ¿De qué los haremos si nada hay para eso? —respondió Dzuli— y demasiado idos estaban en sus planes y exploraciones, cuando de pronto, una enorme mina de arcilla encontraron. Ves hermano, todo, todo tenemos, grita

entusiasmadísimo Iñapirrikulí El Sabedor y sin mucho pensarlo, una zambullidura se dio en el barro y sus ojos dos lamparones luminiscentes de pura felicidad eran y sus adornaduras, collares de peonías y caracolas de río, brazaletes trenzados y una flor de madera colgada del cuello, enlodados estaban, sí, ni un pedacito de piel se le veía y después de mucha retozadera él, exclamó. Del barro saldrán nuestros animales buenos, comencemos a trabajar. Y miles de animalitos moldearon de cola, sin cola, de dos patas, con trompitas, con cuernos, con pelos, con escamas, con plumas. Que hacían ruido, que mordían, que chupaban, que mascaban, que cantaban y reían. No se les olvidó nada, nada. Todos los animales del agua, de la tierra y del aire muy alegres se hicieron e el mundo de nuestros abuelos. Y una vez concluido aquel animalerío, los dos hacedores debajo de una troja lo habían guardado, mas esa vez un aguacero descomunal, un diluvio de desgracia se desprendió rajando la oscuridad. Entonces, se veían cabezotas escurriéndose entre patas y rabos, caras sin rasgo alguno, alas desprendidas intentando volar, picos atragantados de alaridos y de barro, peces de a mitad brincando de puro susto, y todo es una turbamulta picoteada bamboleándose, diluyéndose en aquel desastre de lodo y es cuando nuestros primeros padres traían de salvar los restos de aquel bestiario, de aquel zoológico desastrado, mas las figuras se diluyen en sus manos haciéndoles guantes de gelatina o melao y después de muchos esfuerzos y escurrimientos se sientan en medio del lodazal y Dzulí con sus manos, sus ojos aprieta para no ver más y una máscara de barro se le dibujó en el rostro chorreado de lágrimas y su llanto fue aumentando las aguas. Pero repentinamente Iñapirrikulí, el sabio, abrazándolo con dulzumbre le dice.

¡Mira! Mira hermano, cuanto de hermoso nos dejó la noche, tierra y agua para volver a empezar.

Y todo eso sucedía en la sexta luna después de a la noche rescatar y al amanecer del séptimo sol de nuevo comenzaron aquellos dos hacedores con sus moldeaduras y al nombrar a cada animal, vida le soplaban. Tú, el báquiro eres y él, perdiéndose en el matorral. Tú, perro te llamarás y tú iguana y tú mono y tú gallito de las rocas y éste otro pájaro siete colores será y aquellos, el paují, el campanero y la guacamaya y ésta con lucecita de prende y apaga, luciérnaga es, aquel el picure y ésta la danta y ese acabadito de hacer, el jaguar y aquel otro morrocoy es y esta sapoara y ese pavón y esa cachama y esta otra palometa y la de allá que patas arriba está la terecay es, y aquel horroroso, el bagre y tú rana y tú su esposo sapo decía, mientras le moldeaba unos ojotes tan grandes como su cara. Y así a todos los animales del aire, de la tierra y de todas las aguas nombres le fueron dando. Y qué reverberación, qué de patas y de alas, qué plumerío encandilador, qué dentelladas, qué desaforamiento de graznidos, zarpasos, colmillazos, relinchos, ladridos y cantos recién estrenados. Qué mar de colores. Qué de bestias rajando el bosque.

Creación de los animales malos

Iñapirrikulí, el Gran Padre, muy enamorisqueado está en una Wekuenai, bella es, buena es, tal vez por eso muy rápido se hizo el casorio, en una noche averanada fue y encaramándose en un pijiguao, una banda de grillos, cigarrones y chicharras, iniciaron la festejación, mientras un cocuyerío ambulante titilaba entre aquel aguacero multicolor de mariposas aloca-das y bailoteando aquella música, más parecían una alfombra alada con alumbramientos de a raticos ondulando en la oscura, acallando los tantos te amo, mujer, te amo hasta más allá de los morichales, hasta lo más hondo de este caño, hasta lo más profundo de mis huellas dejadas en éstos, nuestros

territorios. Y ella, escuchando a Iñapirrikulí está allí, hecha toda lago, sal, tierra, agua, aire, fuego, sol y luna. Ella, pura noche, ella y nada más. Entre tanto, su padre embelezado, casisire bebe para su contentura aumentar en esa noche de no olvidar jamás.

Y muy pocas lunaciones habían pasado cuando a la india el vientre le empezó a crecer, de él nacer debía el primer Wekuenai no creado de aquellas informes criaturas, de aquellos gusanitos salidos del huecón, allá en el amazónico sur, allá en la Isana, donde Iñapirrikulí y Dzuli, nuestros primeros padres, moldeando a los Wekuenai estuvieron. Mas, el padre de la india mucho pensando se la pasaba del por qué de aquel inflamamiento de barriga. Cosa rara tiene mi hija, sí un mal, un horror adentro lleva y tan terrible es que sol a sol su cuerpo sopla. Y ante tanta incertidumbre pensó él, mucho sufrirá ella. De raíz todo daño debe arrancarse y mucho presiento yo, como esa cosa con mi hija habrá de acabar y también mucha pesadumbre caerá sobre nuestro pueblo y muchísimo la amo yo, para tanto dolor permitirle. Por esto, después de mucha cavilación a pasear la invitó. Ayúdame a un ramo de seje cargar y desbrozando monte y batiendo oscuridades llegaron al lugar. Espérame aquí bajo esta mata decía el padre mientras meneaba y la mujer acostada sobre la tierra, con su cuevita de agua inflada apuntando hacia las pencas de la palma estaba y una fruta de seje desde arriba dejó caer el padre y muy en el centro del vientre le dio, luego seguro de su blanco, todo el racimo lanzó y pura explosión, puro reventamiento fue aquello y arañas monas, alacranes, culebras de agua, gusanos y todas, todas las alimañas saliendo iban de los adentros de la mujer. Razón tenía yo, lo malo ahí estaba pensó el padre mientras fue teaba a los animales y un salpicar de bichos entre cuerazo y cuerazo, desparramándose iban, huyendo iban hacia los matorrales. Así nacieron todas, todas las alimañas, por eso, ahora mucho

tenemos a esos animales dañosos. Así contaron nuestros abuelos. Así lo aprendí yo.

Iñapirrikulí y Dzulí, los hacedores, se van al piso del cielo.

Ya todo hecho está, nuestro pueblo sin nosotros puede vivir. Vamos Dzulí al Gran Arbol, busquémoslo para a la casa del firmamento llegar. Y durante muchos soles y lunas caminaron dejando atrás toda su creación terrenal, hasta el pie del enorme árbol inacabable llegar que de tan alto como es, al cielo toca.

¿Quién primero subirá? se preguntaron los hermanos y Dzulí, quien muy envidioso y temeroso de su hermano sabio se había tornado, pensando, pensando iba. Iñapirrikulí deshacerse de mí intentará y si adelante voy, puede cortar este árbol desde abajo y muerto seré. Por eso dijo a su hermano ¡Sube! Sube primero tú. Y así lo hizo Iñapirrikulí y éste bien alto, cuando a su hermano ya no veía le gritó. ¡Sube! pues llegando estoy "al piso del cielo". Y fue cuando Dzulí hachazos y hachazos pegaba al tronco y el árbol como un trueno desbocado se derrumbó y allí incrustado, estampadito, terremoteado por su propia envidia quedó Dzulí contra las piedras. Mas Iñapirrikulí a su morada había llegado ya y por muchísimo tiempo llamando estuvo a su hermano pero nunca, jamás supo de él.

Así sucedió todo. Y usted quien criolla es sabe ahora como nacimos nosotros y por qué noche y animales buenos y malos tenemos. Cuente Ud. todo eso, pues hoy, nada, nada se sabe de lo de antes.

Lástima es, pues ni jóvenes, ni menos niños conocen de nuestros Dioses, de nuestros pasados. Sí, pues hasta el nombre nos cambiaron ustedes los irracionales y Curripaco nos llaman. Fíjese ud. hoy sólo pocos ancianos como yo nuestra propia lengua hablamos, me dice el hermano-hablador-indio-piedra-arrugada mientras abre la palma de una mano en señal de numeración. Sí, sólo pocos como yo, la memoria de nuestros antepasados guardamos y así mismo como ahora estamos, hechos puro hueso y sol y tierra y vientos. Hechos lágrimas ajenas, pues ni llanto tenemos ya. Así fuerza sacamos, dignidad sacamos para no olvidarla, porque nuestra historia, grande es, bonita es, como agua clara de caño es.

Ponga Ud. eso y escriba Wakuenai, pues así nos llamamos. Ese es nuestro nombre, no lo olvide. Es todo.

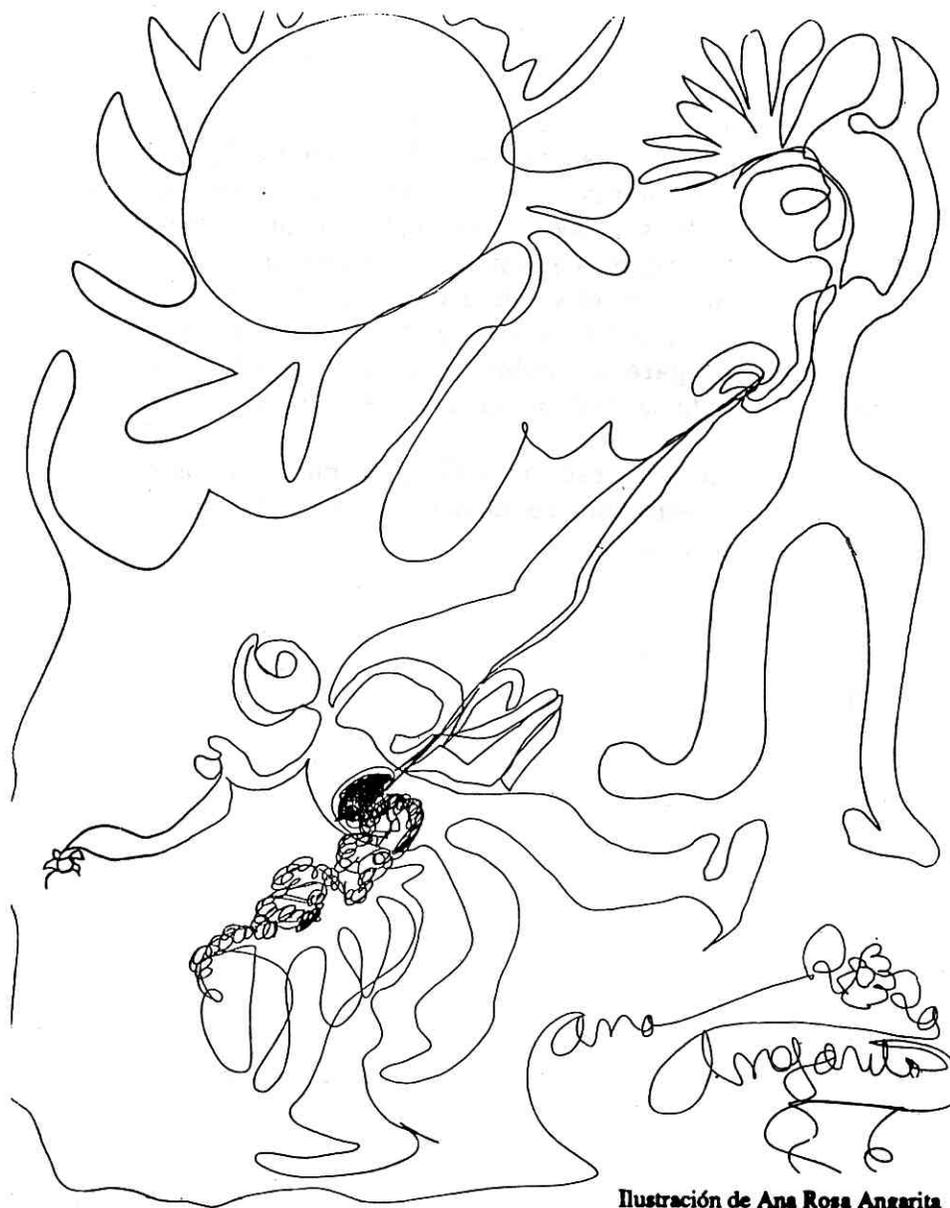


Ilustración de Ana Rosa Angarita